

Ricardo Montes Bernárdez

# Relato de Zaida de Albudeite y su encuentro con el judío Salomón Aluleig. Año del Señor de 1367

**Resumen:** En la Edad Media las iglesias, mezquitas o sinagogas no disponían de pavimento, por ello cubrían el suelo apisonado con esteras de esparto. David Aluleig y su hijo Salomón acuden a Albudeite para comprarlas. Se describe el camino recorrido y un encuentro sexual entre el joven Salomón y Zaida.

**Palabras clave:** Edad Media, esparto, Albudeite, sexualidad.

**Abstract:** In the Middle Ages, churches, mosques or synagogues did not have pavement, so the tined floor was covered with esparto carpets. David Aluleig and his son Solomon came to Albudeite to buy these carpets. It has been described the path they traveled and a sexual encounter between young Salomon and Zaida.

**Keywords:** Middle Ages, esparto grass, Albudeite, sexuality.

Pese a que su hijo le ayuda en la confección y venta de telas, David quiere iniciar a Salomón en el conocimiento de su tierra y en las transacciones comerciales. Por ello, cuando el rabino de la Sinagoga Mayor le pidió esteras de esparto para cubrir todo el suelo de la misma, decidió embarcar al hijo y acudir al mejor centro de trabajo de este

material, la escondida y lejana población de Albudeite.

Tierras de moros a varias leguas de la capital, lo que requería casi una jornada de viaje con sus acémilas, pernoctar en el pequeño pueblo y volver al día siguiente, con suerte, con las piezas precisas.



Murallas. Pedro Serna.

Es el diez de julio de 1367 y dado los calores estivales se levantan a las cuatro de la mañana para ponerse en marcha. Como la ciudad cristiana y la aljama judía están incomunicadas de noche, con puertas y portillos cerrados, se dirigen a la calle de las Adoberías y por ella arriban a la puerta del Rabal. Desde allí, atravesando unos huertos acceden al río y siguiendo su cauce, aguas arriba, caminan bordeando la impresionante y magnífica muralla.

Al llegar al puente de barcas atraviesan el río e inician el camino de Alcantarilla, cuyo alcaide era Abdalla Alferret. Aquí vive un moro amigo de David, llamado Zab Abital. Esta aldea de la huerta tenía sólo unas 120 personas, siendo los Abital una de las familias más importantes.



Albudeite en lontananza. Mokhles Bakkali.

Llegan al lugar amaneciendo y, sin detenerse, toman el camino de Mula, coincidiendo en la ruta con otros comerciantes. Al llegar a la rambla Salada aprovechan el frescor de sus aguas y el pequeño bosquecillo de pinos para realizar su primera parada, tras dos largas horas de caminata.

Sus acémilas podrán descansar y beber al tiempo que ellos tomaban, tras realizar las oraciones de la mañana, unos pepinos en salmuera, dátiles y el pan trenzado que Jemina les coció la noche anterior.

David aprovecha para contarle a su hijo Salomón pequeñas historias y anécdotas de otros viajes realizados en esta ruta. Son experiencias de vida, transmitidas de generación en generación que ayudaran al hijo a una mayor comprensión de su realidad y el entorno.

¿Hijo mío, has oído hablar del olivo de Mirabaty?, pregunto David.

Padre no sé dónde está ni que tiene que ver con nuestro viaje, contesto Salomón.

Verás, tiene que ver con la magia. El moro Al-Udri escribió que era un olivo cercano a Lorca y cuenta que cada año, la última noche de abril, florecía y antes de amanecer ya habían cuajado sus frutos. A la mañana siguiente toda la oliva ya había madurado. Este hecho atrajo mucha gente, todos querían verificar el hecho. Los dueños del olivo y la tierra, cansados de que acudieran tantos curiosos, decidieron cortarlo, pero el olivo retalló y hoy día podemos volver a verlo, ya centenario.

Esto nos enseña, continuó David, que debemos respetar a la naturaleza, dejarla seguir su curso, sin interferir en el devenir de nada ni de nadie.

Ni podemos, ni debemos forzar la evolución personal de un pueblo. Cada cual tiene su ritmo y si pretendemos que los demás actúen como nosotros romperemos muchas leyes divinas y además de hacer desgraciado al interferido, tarde o temprano pagaremos nuestra osadía.

Todos creemos que nuestras ideas y forma de vida son las mejores y queremos hacerlas extensibles a otros, a veces por la fuerza. Mal camino es éste.

Pero prosigamos el viaje, aún nos quedan muchas millas y el calor empieza a apretar.

Continuaron su viaje, por una campiña seca, triste y devastada, con pequeñas casas de campo aisladas y alguna palmera y algarrobo en su puerta. Pero son tan escasos los pobladores que el camino se hace inseguro, dado la existencia de salteadores de caminos. Casi dos leguas les separan del lugar de Campos, aldea del pueblo de Mula y hacia allá se dirigen.

Por caminos poco transitados se adentran entre acantilados, acortando el camino, para buscar el río Guatazales. Al llegar a él la humedad hace acto de presencia y con ella la vegetación con algunos pinos, sauces, carrizos y cañas. El nombre del río sorprende a Salomón, que pregunta a su padre por el significado.

Se trata, dijo David, del antiguo nombre del río Mula, aunque sigue siendo utilizado por los pastores de cabras y ovejas que viven en su entorno. Cuando los moros conquistaron estas tierras se sorprendieron de ver miel en sus parajes. El hecho se producía porque las abejas hacían sus hornos en los acantilados formados por el propio río. Dado que nadie subía a recogerla, cuando llegaban los calores del verano la miel caía por

sus paredes, dándoles un dulce aspecto dorado, de ahí su nombre.



Rincón de Albudeite. Miguel Lucas.

Ya divisan, en lo alto de una suave colina, una torre defensiva en torno a la cual se arremolinan una veintena de pequeñas casas, sin orden ni concierto. Cuando llegan a Campos realizan una breve parada para descansar mientras son observados por numerosas personas entreabriendo, a malas penas, las puertas de sus casas.

Tan sólo nos quedan media legua, si nos damos prisa llegaremos a Albudeite a la hora de comer, dijo David. Dicho y hecho, en menos de una hora ya podían ver el castillo de Aldonza Fernández de Ayala, señora de estas tierras. Todo un carácter de mujer, viuda en dos ocasiones, con tres matrimonios de conveniencia a sus espaldas. Por cierto, que nunca, que se supiera, había pisado el lugar, enviando a sus emisarios a cobrar a los albuiteros.

Pero la pobreza es lo más destacable del lugar, poblado casi exclusivamente por moros, con algún cristiano custodiando la fortaleza. Al pie de ella, poco más de cincuenta casas dan cobijo a los doscientos habitantes.

Junto al río podían ver algunas moreras, granados, perales e higueras y fuera de las márgenes, en el secano, cereales y mucho esparto. De él y de las cabras, casi en exclusiva viven los habitantes del lugar. Un horno y un molino completan el pobre espectáculo.

Se dirigen a la plaza y atan a las bestias junto al olmo, plantado a la puerta de la casa-mezquita.

Junto a ella tiene su casa Hamet Xaraji, fabricante de esteras, capazos y cuerdas, antiguo conocido de David, que les invita a entrar en su casa, con una cortesía propia de los de su religión.

Su mujer, sin mirarlos y en silencio, les ofrece agua fresca de una gran cántara que tienen en la cocina, mientras que Hamet les invita a sentarse para comer juntos. Mientras, las dos hijas del dueño de la casa, entre risas cuchichean y observan al joven Salomón.

Ésta familia es la única que habla castellano de toda la población, comentó en voz baja David a su hijo.

David le explica, mientras comen, que precisa una gran cantidad de esteras para, cosiéndolas en la Sinagoga de su barrio, cubrir todo el suelo. El total preciso son mil seiscientas varas de cuatro codos de ancho.

Sorprende a Hamet la petición y si bien no tiene tanta cantidad, le comenta que acudirá a sus amigos Yuzat Alxaque y Axa de Sevilla para poder surtir el pedido. Si no lo consiguen, si podrán llevarse una buena parte, prometiéndoles que él mismo les llevaría a Murcia lo que faltara en unos días.

Tras un merecido descanso, aprovechando el cansancio y los calores, salen de la casa para acudir a las de los dos conocidos y compañeros de Hamet, con el fin de cerrar el trato. Mientras, Salomón es guiado por las hijas de Hamet hacia el cercano río.

Entre las junqueras las jóvenes, en un intento de atraer más su atención le preguntan, ¿sabes para qué sirven estos juncos?

Salomón, con cara de extrañeza confía que se lo expliquen, ya que no le ve mucho uso a estas plantas; pues nosotras los usamos para “atarle los huevos al diablo”. ¿Qué? Contesta sorprendido Salomón.

Si, nuestra abuela nos enseñó que para alejar al diablo podíamos “tirarle piedras” o “atarle los huevos”. Con estos juncos se los atamos cada día veinticinco de marzo. Pero también lo hacemos cuando se nos pierde alguna moneda. Entonces, mientras hacemos el nudo, decimos: Diablo, diablo, de los huevos te ato, si no encuentro lo perdido, no te los desato.

Era la primera vez que nuestro protagonista oía semejante conjuro y no terminaba de creerlo. En verdad que habían despertado su atención. Tanta que no se dio cuenta que su padre ya lo andaba buscando.

Parece hijo mío, que mañana podremos volver a casa con buena cantidad del esparto que preci-



Calle de Albudeite medieval. Alfonso Férrez.

samos, comentó David. Me han prometido que en los días que tardemos en coser las esteras que nos llevamos, en la Sinagoga, llegarán con el resto. Ha habido suerte. Descansemos que mañana nos espera otra larga jornada de vuelta.

Pero la noche aún le reservaba a Salomón alguna sorpresa. Todos buscaban su rincón donde dormir y nuestro joven se acomodaba en el suelo, sobre una funda rellena de paja y esparto, en un rincón de la cocina.

Cuando ya se encuentra en su primer y profundo sueño nota como una suave mano le acaricia el pecho al tiempo que le pide que le deje espacio en el jergón.

Adormecido, extrañado y al tiempo ilusionado, su cuerpo es recorrido por las hábiles manos de Zaida, una de las hijas de Hamet Xaragi.

La intensidad con la que su amante le toca le

hace vivir sensaciones nunca percibidas, ni imaginadas.

El placer le recorre el cuerpo a gran velocidad, desde los pies a la cabeza y viceversa.

Cada segundo que pasa la energía se hace más fuerte e incontrolada. Pasados los primeros instantes, logra participar y él mismo comienza a recorrer el cuerpo de Zaida con sus manos y su boca.

La dificultad comienza a estibar en no producir ruidos de ningún tipo, para no ser descubiertos.

¿Qué pensaría su padre? ¿Qué harían los dueños de la casa?

Esta tensión no le permite disfrutar a fondo de este momento.

Por fin dada la torpeza de Salomón, Zaida le guía hacia su entrepierna y tras unas torpes ca-



La joven albuiterera Zaida.

ricias ella vuelve a tomar la iniciativa y se sienta sobre su miembro viril, comenzando un suave movimiento que sólo duró unos segundos.

Salomón no resistió más y el placer se reflejó en su rostro. Se habían juntado el limón y la rosa. Su amante le dio un beso en la frente y volvió a su habitación, dejando al sorprendido Salomón solo, con sus pensamientos, los mismos que no le dejaron dormir en toda la noche.

Por la mañana, al partir hacia Murcia no pudo ver a su amante, era muy temprano y aún dormía. Aquel encuentro de una noche permanecería, durante años, en su memoria, un secreto que jamás contó a nadie.



Esteras y capazos de esparto.